

LA FLECHA DORADA Y LA FLECHA PLATEADA, EL CAMINO DE SANTIAGO

SUSO DE TORO

El Camino de Santiago renace joven porque en nuestra civilización hay un hueco que llenar: nuestras vidas están llenas de objetos cada vez más perfectos pero pierden substancia día a día. Esa substancia perdida es la trascendencia del vivir. Las viejas religiones de nuestros abuelos que daban explicación, argumento y substancia a la vida ya no les son útiles a muchos contemporáneos, incluso la idea de la religión les resulta chocante. Pero por un camino u otro, a veces sin reconocerlo, todos buscamos trascendencia y religiosidad. Hay quien la busca por la vía de la comunión con la naturaleza, la ecología, por la comunión con los demás, la piedad solidaria y hay quien acude a lugares cargados de religiosidad y misterio, el Camino de Santiago.

Y también la Europa actual va a tener que echar mano del Camino fundador como un factor de unidad espiritual, porque no se puede crear un espacio financiero y económico sin una base moral, cultural y una ilusión. El Camino es la ilusión de una fraternidad de gentes diversas que comparten proyecto común. El Camino de Santiago es el verdadero argumento histórico para la Europa de hoy y del futuro.

Aunque en nuestro mundo único no podremos ponerle puertas al campo ni al planeta y también el Camino es cada vez más mundial, cada año vienen personas de los lugares más lejanos, Australia, Nueva Zelanda, EE.UU., y sobre todo Brasil. El Camino europeo se mundializa.

Y digo europeo porque tanto el patrón Santiago, Jacobo, Jaime, el hermano de Cristo que da nombre a muchísimas iglesias desde Suecia a Inglaterra, Irlanda, Alemania, Francia..., como la vía hasta el sepulcro no son españolas, ni siquiera gallegas, ni siquiera santiaguesas..., si no de los europeos de allende los Pirineos.

La leyenda carolingia le atribuye a Carlomagno ser el primer peregrino; aunque realmente se murió dos años del invento. Es cierto que fue desde el Sacro Imperio Germánico que quería fortalecerse hacia Occidente y del clero cisterciense que se difundió la leyenda de la tumba del Apóstol Santiago, hermano de Cristo y primer patriarca de Jerusalén, decapitado con toda seguridad y ya con menos seguridad traído a las costas gallegas en una barca por sus discípulos.

Aquí había un enterramiento al que acudía la gente del país donde se veneraba la memoria de un santo varón decapitado (¿El hereje Prisciliano?) y se mezclaron las dos leyendas en una sola que habla de un cuerpo santo que llega del mar en una barca de piedra cubierta de conchas de vieira.

Dicen que una noche un ermitaño oraba cuando vio que una estrella se paraba en el cielo sobre aquel lugar, de la estrella descendía como un rabo de luz que descendía en espiral... Y así se inventó Santiago, bajo el designio de una estrella en estas tierras donde acababa el mundo, el Finisterrae. Donde se renueva cada día el milagro de la muerte del sol en el mar que da paso a su renacimiento, quizá sea ese el sentido del lugar sagrado más occidental: la muerte como lugar de tránsito a una nueva vida.

El caso es que los europeos peregrinaron a Santiago y la peregrinación no era lo que es hoy, era una aventura llena de peligros de donde a veces no se volvía. La división de la cristiandad a partir de la Reforma protestante debilitó enormemente las peregrinaciones, aunque hasta hace pocos años seguía llegando un valioso goteo humano de católicos de Francia, Bélgica, Suiza, Alemania..., católicos del norte europeo. Fueron ellos quienes conservaron el Camino para nosotros hoy, son ellos quienes verdaderamente conocen su valor. De la península llegaban algunos peregrinos de Navarra, del País Vasco... Pero verdaderamente esa vía frágil, casi moribunda hasta hace pocos años, era una ruta europea. Un resto del sueño de la vieja Europa cristiana.

Y peregrinar a Santiago es hacer una penitencia, no lo olvidemos, así que es curioso que tantos contemporáneos hagan esa ruta, porque algunos lo siguen haciendo como pago a una petición o para purgar faltas, pero muchos otros no sabrían decir por que lo hacen. Agnósticos que penitencian, pasan calor y frío y lluvia, se rompen las piernas y los pies, se despellejan la cara por la intemperie..., pero no sabrían decir que pena pagan o redimen. Son ascetas, y a veces místicos, sin religión. Es curioso ver allí a tanta gente que tiene una vida absolutamente confortable dejándola a un lado y pasando tantos trabajos; curioso.

En la Edad Media algunos nobles o reyes peregrinaban a caballo, incluso en palanquín, sin embargo el grueso de la peregrinación era a pie. Hoy hay quien la hace en bicicleta, pero los ciclistas acaban más pendientes de las dificultades técnicas del camino y de sus máquinas y de los quilómetros que consiguen avanzar en cada jornada que de los lugares que atraviesan o de sí mismos.

Creo que se debe hacer a pie, desde la altura humana, midiendo el mundo desde nuestros pies. El precario animal humano, solo y suelto y expuesto al cielo, a la lluvia, al sol y a la tierra. Pisando una y otra vez la tierra con los pies, golpeándola con el cayado hasta que la tierra acaba por hablarle a uno. Y se produce el milagro de que el contemporáneo, tan encerrado en su mundo de cemento y metal, con sus juguetes electrónicos tan asombrosos que lo protegen y lo separan del mundo extenso y temible, al final se abandona al abrazo de los espacios abiertos que lo rodean. Y la Naturaleza, la creación lo envuelve de nuevo como la criatura de carne frágil que habíamos olvidado que éramos. Y descubrimos que hay una ligazón entre nosotros y lo que nos rodea: las montañas vasconavarras, la vega riojana, las dehesas castellanas, la montaña leonesa y gallega, las comarcas del país de Santiago. El Camino nos devuelve la conciencia de formar parte del mundo; lo que los contemporáneos llamamos conciencia ecológica.

La peregrinación, además de un viaje exterior por la naturaleza, es sobre todo un viaje interior, un camino hacia el interior remoto de uno mismo: una regresión a la persona que fuimos antes de tener tantos atributos, el coche, el trabajo, el “status”, la profesión, el rol que jugamos en sociedad... Peregrinar es perder momentáneamente todo eso..., pero es recuperar la inocencia y tener, mientras dure el viaje, la oportunidad de volver a ser lo que fuimos, regresar a lo mejor de nosotros.

En el Camino nadie es rico o pobre, empresario o trabajador o ingeniero o artista o iletrado; allí todos son humanidad de pies doloridos, piernas desfallecidas, personas que se ayudan de modo espontáneo y se facilitan informaciones útiles. El Camino es una fraternidad jovial que se hace inolvidable para quien lo hace.

Por eso el Camino “engancha”. Quien lo ha andado pertenece ya para siempre a esa fraternidad que se guía en el cielo de noche por la flecha plateada de la Vía Láctea que indica el Occidente y de día por las flechas amarillas pintadas en piedras, muros, árboles desde Francia a Compostela. Quien ha ido a Santiago sueña con volver, con poder hacer otro alto en esta jornada cansina que es la vida social para recuperar otra bocanada del oxígeno de la inocencia. Nadie vuelve igual a su casa, a su vida, después de haber peregrinado a Compostela, casi todas las personas que lo han hecho coinciden en que esa aventura parte su vida en dos.